

2. La *Vikinga* y la *Valkiria* (cara sur del Yelmo), 1966-67

HABÍA transcurrido casi una década desde la última apertura en el Yelmo (la *Higinios*, variante de salida de la *Eduardo*), y este emblemático y colosal risco guadarrameño seguía conservando casi completamente vírgenes sus extensos llambriales de la cara sur.

La densa firmeza de esta enigmática pared parecía haber resistido al tradicional modo de escalada, una modalidad que basaba su sistema de progresión en la técnica aplicada a chimeneas, fisuras y canalizos. De este modo, no pudo realizarse ninguna ascensión por esta parte del risco hasta la llegada del buril, un controvertido sistema de ayuda que estaba llamado a modernizar y modificar de raíz el futuro de la escalada en la Pedriza.

Los *Vikings* formaban un grupo de gente de diferentes orígenes, que se hicieron conocidos escalando en la Pedriza desde comienzos de la década de los sesenta. Lo hacían de una manera bastante autodidacta, sin demasiadas instrucciones técnicas y guiados únicamente por el instinto. Fernando Domingo, apodado *Culebras*, uno de sus integrantes, recuerda el origen del grupo:

«El grupo de los *Vikings* se formó en las canteras de Villalba, donde un puñado de atletas, la mayoría provenientes del gimnasio Moscardó, unidos a otros amantes de la montaña y de las aventuras, se reunían los fines de semana para nadar, coger escorpiones, culebras, lagartos, pájaros, etc.

»Hacíamos marchas por la Sierra del Guadarrama y Somosierra, disfrutando de una libertad que, bajo una dictadura, nos estaba prohibida; de ahí que se nos criticara tanto».

Fernando DOMINGO

Desde mitad de la década de los sesenta, los *Vikings* heredaron toda la ruda técnica de la escalada clásica y, asimismo, se sirvieron de los nuevos adelantos técnicos para llevar a cabo una importante labor aperturista en la Pedriza.

Celestino García Herráiz, Tino, Fernando Domingo el *Culebras*, Julio García Piqueras el *Paraca* y Luis Abad el *Peluca* fueron los principales artífices de la *Vikinga*

Página anterior:
El trazado de la Vikinga.

Abajo: Julio Marina en la Vikinga en el año 1975.

COLECCIÓN JULIO MARINA







del Yelmo, aunque, como recuerda Julio, eran muchos los que participaban y simpatizaban con ésta y otras actividades de aquel vivaz clan de montañeros:

«Nosotros éramos los *Vikings*, y el nombre venía del grupo de gente de Fernando, que en un principio, cuando Tino y yo le conocimos, pertenecía, con el Peluca, a una panda que iba mucho por las canteras de Villalba. Eran algo ruidosos, y de ahí aquel apodo.

»El caso es que congeniamos bastante, y cuando Fernando y Tino se hicieron socios del Club Alpino Guadarrama, aquel apelativo de los *Vikings* acabó aplicándose al grupo de montaña.

»Nuestros comienzos en la Pedriza nacieron con ese contacto, y a través del club conseguíamos que nos prestaran cuerdas viejas y material de escalada para el fin de semana. Era otra época, apenas había dinero, y el material escaseaba.

»Éramos muy pocos los que escalábamos en la Pedriza e incluso los que salíamos a otras partes de España. En el monte nadie te robaba nada, excepto la comida. Y cuando eso ocurría, siempre entre amigos, el que lo había hecho no tenía problema en invitar al perjudicado en Casa Julián a comer algo.

»Escalando éramos bastante activos, y en el mismo fin de semana podíamos recorrerlos *vía a vía* desde el Cancho de los Muertos a Peña Sirio, pasando por el Pájaro, las Buitreras o lo que saliese al paso.

»Fuimos prácticamente cuatro o cinco los que abrimos la *Vikinga*, mientras otros muchos amigos estaban de

J. R. Burillo en la Sur de la Maza, la vía abierta por Teógenes Díaz, y que es considerada como primera escalada artificial (de doble cuerda) en la Pedriza, abierta en los años 30.

Abajo: Los Vikings bañándose en las Canteras de Villalba; Tino a la izquierda y el Culebras de espaldas.

Página anterior: El trazado de la Valkiria.



juerga en la pradera. Realmente, los que se repartieron más trabajo fueron Tino y Fernando.

»Fernando, al que llamábamos el *Culebras*, era fontanero y le daba bien al mazo. Su mote provenía de su afición por cazar estos animales y jugar con ellos; una afición que había cogido en la canteras. Recuerdo el día que entró en Casa Julián agitando una culebra grande con cada mano, causando el estupor y la huida, no sólo de algunos colegas, sino de gran parte de la gente que estaba allí, comiendo en el merendero».

Julio GARCÍA PIQUERAS

Fernando Domingo era un potente escalador que a los catorce años había ingresado en el gimnasio Moscardó, donde solía practicar lucha greco-romana y natación olímpica, entre otras aficiones deportivas. También practicaba el remo en el Club de Remo Maratón; navegando en traineras, bateles y piraguas, conquistó diversos trofeos. Poco después lograría hacerse con un importante historial alpino, del que cabe destacar algunas primeras nacionales en los Alpes, como la *Sur* del Pico Bacillac, también tercera absoluta, o la *Norte* del Dent du Géant, a su vez segunda absoluta, ambas con Paco Usan; y también la primera española a la *Bonatti-Ghigo* del Grand Capucin, en cordada con Luis Rodrigo Geta.

En Galayos abre la vía *GAME*, de la cara noroeste de la Aguja Negra, junto a Paco Usan, y participa en la de mismo nombre a la cara oeste del Torreón. En la Pedriza también toma parte en otras grandes clásicas de esta época: la *César* a Cinco Cestos, la *Rosarito* de la Falsa Buitrera; la *Norte* de la Maza, el *Techo* del Tolmo, y la *Tino* de Cancho Amarillo.

Fernando recuerda de este modo el origen de su vía a la cara sur del Yelmo:

«Tino y yo, deseando aventuras y emociones más fuertes, decidimos ingresar en el Club Alpino Guadarrama, donde, al principio, no disponíamos más que de una cuerda de cáñamo de cuarenta metros. Subíamos el Pajarito, la Campana, la Vela, el Cancho de los Muertos, la Maza y otras, y la

EZEQUIEL CONDE



Insignia bordada en fieltro del grupo de las Harañas Hamarillas.

gran mayoría de las veces teníamos que destreparlas, pues carecíamos del material necesario para rapelar.

»Nuestro mayor apoyo fue Marcelino López Peinado, entonces a cargo del grupo de montaña del Guadarrama; otro gran impulsor de aquella época fue Ángel González.

»Cuando Tino y yo hicimos la *Sur* de La Maza, con una cuerda de cáñamo y sin estribos, Antonio Flores, uno de los pioneros de la Pedriza, informa al Club Alpino Guadarrama de que estábamos preparados para hacer grandes paredes y que merecíamos mejor material, entonces reservado para un individuo que lo utilizaba dando cursillos a sus *discípulos* de la OJE, y que no tenían nada que ver con el Club.

»La primera vez que Tino y yo vimos el Yelmo desde la pradera, nos llamó mucho la atención la extraña formación de la huevera, y desde esos tempranos comienzos surgió la idea de subir a investigar. Pasaron muchos años y siempre tenía en la mente la forma de subir por donde no se podía, hasta que pensé que igual que se podían poner remaches en otros sitios, se podrían poner en la roca.

»Me puse a investigar en las ferreterías, y encontré el ramplus y las brocas, que estaban demasiado aceradas, y o se partían o se les rompían las puntas. Entonces me dio por investigar cómo se templaban las espadas en los tiempos antiguos, y descubrí que los mejores temple de filo se hacían con orines de caballo. Calenté al rojo la broca y destemplé un poco la parte de atrás con aceite; la dejé enfriar y luego calenté sólo la punta, y como no había caballos en mi barrio, me oriné en un bote y sumergí la punta de la broca con mucho tiento y



CÉSAR CASTRO

La curiosa chimenea de la Vikinga, en el centro de la cara sur del Yelmo.

poco a poco y... ¡eureka!, las brocas no se partían y duraban mucho tiempo.

»El proceso de burilado requería, únicamente, de buen equilibrio y de un fuerte brazo para, poco a poco, golpear con la maza el ramplús y hacer un agujero medio centímetro más corto que el remache de hierro dulce.

»Hacíamos un nudo en los estribos, pegado al mosquetón, y con la punta de los dedos del pie manteníamos el equilibrio y poníamos el buril lo más lejos posible para que quedara fuera del alcance de la gran mayoría de los escaladores».

Fernando DOMINGO

Después de haber practicado esta novedosa técnica de burilado, y haber realizado alguna que otra escalada en algún risco menor, por fin sería la primavera de 1966 el momento elegido por los *Vikingos* para comenzar aquel proyecto de vía en el Yelmo. Un proyecto básicamente impulsado por la idea de alcanzar el misterioso agujero de la cara sur.

Julio nos relata el desarrollo de las primeras jornadas:

«La primera vez no se pudo ni empezar. *Peluca*, al que llamábamos así porque tenía una peluquería, era un enreda de los que les gustaba salirse de los caminos y montó una que hubo que sacar las cuerdas antes de llegar a la pradera. Se hizo tarde y a bajar... Aquél fue el primer intento: los enredos del *Peluca*.

Derecha: Las Arañas Negras: Luis Rodrigo Geta asegura a Joaquín Rodrigo Burillo.
Izquierda: Ezequiel Conde durante la apertura de la Francisco Prieto al risco de la Vela.

COLECCIÓN EZEQUIEL CONDE



COLECCIÓN J.R. BURILLO



»Fernando acababa de estar con Joaquín Rodrigo Burillo haciendo un intento invernal a la *Franco-Española* del Tozal del Mallo, intento rechazado por el mal tiempo, que les hizo bajarse. El caso es que, acto seguido, se fueron a esquiar, con tan mala suerte que Fernando se rompió un tobillo. Como no quería perderse lo del Yelmo por nada del mundo, a la segunda intentona subió escayolado, con nuestra ayuda. Poco antes de la Gran Cañada, en una cueva donde hicimos vivac, agarró un clavo y se quitó la escayola».

Julio GARCÍA PIQUERAS

«Hacia cinco días que me había roto la pata esquiando en los Pirineos de Huesca, y como me molestaba la escayola, cogí un pitón, la rajé y me la quité, continuando el camino a la pata coja. Imagínate la bajada saltando de piedra en piedra con un solo pie».

Fernando DOMINGO

La apertura de esta vía se prolongó durante cuatro o cinco fines de semana, tiempo durante el cual este grupo de amigos pudo disfrutar de unas divertidas jornadas, dejando trazada tras ellas una línea de escalada, eminentemente artificial, que atravesaba una de las zonas más verticales y bonitas de la pared. Desde ese momento, y durante varios años después, la *Vikinga* pasaría a ser una de las vías más codiciadas de la escuela de la Pedriza. Su dureza y dimensiones, unidas a la separación entre algunos de sus buriles, comenzaron a hacer de ella una vía recia y legendaria.

«Lo pasamos muy bien durante la apertura. Las vistas eran francamente espectaculares.

»El objetivo fue entrar por aquel agujero, antes del cual se hacía una travesía muy bonita. Llegados a una altura determinada en la pared, recibimos un reflejo muy fuerte del sol que venía de la zona de la Gran Cañada. Así fue como descubrimos la Lagunilla, que era la que producía aquel reflejo; un sitio con un encanto especial, que ha pasado a ser mi lugar favorito de la Pedriza.

»Otra anécdota de las semanas de la apertura ocurrió el día que asistimos, colgados en la pared y totalmente impotentes, al festín que se dio un grupo de caballos con nuestra comida. ¡Se comieron hasta un melón que teníamos guardado!

»La vía la consideramos como una escuela de estribos, con algunos pasitos en libre; no era nada del otro mundo, pero ofrecía unas vistas absolutamente impresionantes. Esas vistas, y la camaradería

que hubo entre todos nosotros, fue algo que nos marcó más que la escalada en sí.

»Poco después de acabarla, Tino, Fernando y yo fuimos a tomar los datos para declararla».

Julio GARCÍA PIQUERAS

Pero no todo iba a ser vino y rosas, ya que la inusitada cantidad de buriles que fueron necesarios para abrir la vía generó agrias polémicas en el entorno montañero.

El buril venía siendo objeto de críticas desde sus primeros pasos, pero estas nuevas generaciones no renunciaban a su uso, siempre y cuando éste estuviese justificado, como en casos de tramos aislados de imposible pitonaje, en vías largas. Éste no fue el caso de vías como la *Vikinga* o la *Oeste del Pájaro*, un tipo de vías que, aun teniendo largos tramos de buriles, iban a adquirir un lugar de honor en la escuela, a expensas del gran esfuerzo derrochado para su apertura y de la belleza de sus recorridos.

«A pesar de todas las críticas y burlas que sufrimos Tino, el Peluca, Julio y yo, fue la primera vía que se abrió por esta cara, y no buscamos las partes fáciles... Sólo disponíamos de unas botas Acuña y de unas cletas, y a pesar de eso, creo que se dieron los pasos que se pudieron dar en libre. Es muy posible que en la actualidad, con los pies de gato, se puedan dar algunos pasos en libre entre buriles, pero estoy seguro de que si quitan la totalidad de éstos, es imposible subir por el mismo sitio.

También es muy triste que se nos quiera recordar únicamente por los buriles, pues aquello sólo fue un experimento y nos permitió llegar a algunas piedras hasta entonces inaccesibles».

Fernando DOMINGO

Ezequiel Conde Boal, uno de los escaladores más activos y aperturistas de la segunda mitad de los sesenta, nos recuerda alguna de sus vivencias de escalada compartidas con los *Vikingos* en aquella época:

«Todos formábamos grandes grupos, es algo que no te puedo explicar, pero de esa misma manera había otro grupo que se hacían llamar las Arañas Negras, formado por gente como Joaquín Rodrigo Burillo y Luis Rodrigo Geta; o también el grupo que hicimos poco después, que se llamaba las Harañas Amarillas, formado por gente como Julio Rico de Cos, Enrique Muñiz, Ángel el *Copón* y yo,

y que llevábamos un parche con la araña, que nos habían bordado en una tienda de la Puerta del Sol. Era una cosa muy romántica, algo que ahora no existe; ahora la gente parece mucho más descafeinada, todo es muy impersonal. Antes había otro humor, muchas veces eran las ocho de la mañana y se podía ver salir, por el Escudo del Pájaro, a Tino y al *Culebras*, vestidos con un pijama tipo presidiario que no sé de dónde lo sacaban. Hacer la *Sur* del Pájaro de noche y con linternas era algo habitual en aquella época. Es cierto que éramos menos gente que ahora, pero se abrían muchas vías y se escalaba mucho más.

»Con el tema de los buriles empezamos toda una serie de escaladores, comenzando por el Tolmo, donde se practicaba, y se iban metiendo sábado a sábado. Se hacía con el ramplus, y las brocas se afilaban con una piedra; era un tema totalmente manual. Todo lo comprabas en ferretería, porque en las tiendas de deporte no vendían nada. Se ponía un buril de 6 mm y un remache de 7 mm de hierro dulce. A algunos les hacíamos un agujerito en el centro y les metíamos una cuñita, y a otros les poníamos plomo de tuberías. Hacíamos de todo.

»El problema era la chapa, que la teníamos que hacer en un taller, porque no vendían nada parecido en las tiendas. Algunas iban con argolla y a otras les pasábamos un alambre. Por suerte había mucha gente de montaña que estaba en la profesión de mecánico tornero y trabajaba con la fresa. Las mazas también solíamos hacérmolas nosotros, siendo clásico fabricarlas de trozos de rail de tren. Los tacos de madera los solíamos sacar de madera de aliso, aunque también se hacían de pino, pero eran peores. Los taladrábamos poco a poco con un hierro al rojo vivo, y al principio les pasábamos alambres, pero luego empezamos a ponerles drizas buenas de nailon.

»Poco después de la *Vikinga*, burilé de nuevo en el Yelmo, en la *Higinios*. Puse un buril que traje de Austria y otro casero encima del gendarme, ya que la reunión central no tenía nada, sólo un clavo muy malo.

»En el tema del calzado, había una bota muy clásica en aquella época, que era la que usaban Tino y Fernando: la Lerroux, una bota de suela blanda de goma que también servía para esquiar, pero que doblaba bastante bien. Además, con su fleje de acero, era muy cómoda para andar en estribos, un tema en el que hoy día, con los pies de gato, debes terminar hartos.

»Recuerdo el día que repetí la *Vikinga* con Tino, sería la segunda o la tercera repetición. Él tenía una escayola en un brazo, y yo lle-

vaba otra grandísima en una pierna, por un accidente esquiando, en el que me rompí un tobillo. Yo sólo llevaba un mes con ella y me habían dado para tres, pero como estábamos con el mono, nos subimos al Yelmo a escalar la vía. Empezó Tino, y cuando llegamos al agujero, como a él le molestaba, y yo no cabía por allí, nos las quitamos con un clavo y las dejamos allí, colgaditas de un buril. Las escayolas pasaron allí bastante tiempo, tanto que acabaron deshaciéndose con el agua de las chorreras y dejaron una mancha en la pared que tardó mucho en quitarse. Yo no sé cómo estará ahora la juventud de calcio, pero nosotros estábamos muy bien, lo tomábamos a cucharadas, y ninguno nos resentimos de nuestras lesiones.

»Creo que a la *Vikinga* le metieron bastantes buriles más en años sucesivos, porque mucha gente no llegaba».

Ezequiel CONDE

Otro de los grupos más conocidos y activos de la Pedriza, en aquellos años, era el de las Arañas Negras. Joaquín Rodrigo Burillo, miembro de este rebelde contingente, nos relata algunos recuerdos de sus vivencias en esta época:

«Nosotros teníamos un grupo que se llamaba las Arañas Negras, y, básicamente, tratábamos que nadie nos mediatizara. Principalmente lo formábamos Luis Rodrigo Geta y yo, pero también había otros componentes, como Pedro el *Bombero*, el *Cuqui* o el *Chus*.

Luis fue el autor de la primera ascensión nacional de la vía *Bonatti-Ghigo* al Grand Capucin, y en la Pedriza dejó varias vías muy buenas, como la *J. Baumgartner* al espolón oeste del Cancho Amarillo, más conocida después como el *Espolón Geta*, abierta en noviembre de 1965. Nosotros éramos bastante *antiburiles*, y esta vía es una buena prueba de ello, ya que discurre por fisuras a base de clavijas y pitonisas, y sólo cuenta con ocho buriles, en las llambrias de salida.

»En aquella época no había dinero y no era nada fácil encontrar clavijas en las tiendas. Claro que la cosa cambió cuando me compré el coche, en el año 1968, porque íbamos a Francia y encontrábamos de todo. Aquí se vivía el franquismo y era una auténtica miseria.

»Además, en el monte había una lucha ideológica bastante fuerte, y como nosotros éramos la izquierda, nos quedábamos fuera

**Taco de madera
con alambre,
utilizado
habitualmente en
los años 60.**

FÉLIX MÉNDEZ



de las expediciones. Nos picábamos bastante con la Federación, y con los falangistas, y recuerdo cómo, en Galayos, desde las cumbres, les gritábamos aquello de: '¡Viva la clase obrera!' .

»Cuando organizamos la expedición al Cerro Torre, en 1970, desde la Federación no se nos pusieron más que pegas, porque querían impedir que fuéramos, a toda costa. Aun así fuimos para allá, pero sin mucho éxito, porque si no pudo el Bonatti, pues no íbamos a poder nosotros, unos *greñas* de la Pedriza.

»En la Pedriza éramos muy pocos y siempre dormíamos en el Tolmo, hasta que nos fichó el Peñalara, que empezamos a dormir en el refugio, y la cosa comenzó a prosperar.

»En el Tolmo se montaban unos buenos cachondeos, como las misas negras de broma que organizaba el *Mogoteras*. Con él abrió una vía muy buena en el Peñotillo, en 1964, antes de irme a la mili. Conocida hoy como el *Diedro Mogoteras*, la vía atravesaba el gran gendarme para salir al diedro, al final, y combinaba artificial con escalada libre. Se abrió en el día, empleando tacos y clavijas.

»También me acuerdo de cuando nos expulsaron seis meses del Peñalara por representar un *via-crucis*, en plan de coña, con unas cruces que nos fabricamos con las maderas que sobraron de unas obras que hubo en el refugio Giner. Aquello trajo consecuencias, pero fue muy divertido».

Joaquín RODRIGO BURILLO

La cordada formada por Tino y Fernando comenzó a sufrir importantes intermitencias debidas al ingreso voluntario de Tino en la marina y al posterior ingreso obligatorio de Fernando en el ejército, razones por las cuales se produjeron importantes lapsos en su entrenamiento.

En el verano de 1967 tuvo lugar la apertura de la *Valkiria*, una vía de escalada libre que remontaba el gendarme izquierdo de la cara sur del Yelmo, y que alcanzaba la cumbre mediante una combinación de canalizos y diedros, aderezados por difíciles pasos en placa. Julio García Piqueras estuvo presente en la pradera el día que se produjo esta apertura:

«Esta vía la abrió Tino con su primo Pepe, que también era de nuestro barrio, aunque más joven que nosotros. En ese momento el *Culebras* estaba escalando en los Alpes con Paco Usan. Recuerdo que la abrieron de un tirón, en ese día.

»Poco después de esto, Tino y Fernando se apuntaron para la expedición de 1968 al Cáucaso, algo que hizo que nos separáramos un poco. Yo pretendía ser libre y hacer montaña a mi gusto. Com-

partíamos la actividad cuando era en el Guadarrama, pero mientras ellos entrenaban en Galayos y por Pirineos, yo me junté con gente como el *Nene*, *Angelón*, *Caraculo* y los Harañas Hamarillas. El caso es que terminamos formando una partida que, no me preguntes por qué, sin quedar de antemano, siempre terminábamos metidos en los mismos líos. De repente podíamos estar algunos en medio de una ventisca gorda, y uno a uno iban apareciendo todos los demás: '¡Cómo no... aquí llegan los señores!'

»La verdad es que pasamos una temporada muy buena, básicamente haciendo lo que nos daba la gana.

»En general en aquella época se vivía la montaña de una manera especial y gastábamos muchas bromas. Cuando alguien estaba abriendo una vía o repitiéndola, y tenía allí sus clavijas colocadas, los demás íbamos, en plan de broma, a ver si se las robábamos. Me acuerdo que el Benito iba diciendo que tenía un clavo en la Quinta Buitrera, que nadie sería capaz de sacar, y un día de nevada que no teníamos nada mejor que hacer, fuimos a ver si aquello era cierto. Realmente sólo había una forma de sacarlo y fue colgarme del clavo y pirarme con él.

»La semana siguiente Pepe, Nene, Santacruz y demás agregados fuimos a la Maza, que tenía un copete de un metro de nieve. Todo el mundo quería subir y en los primeros estribos se sacaron las fotos de rigor, pero al final quien acabó subiendo el largo entero fui yo. Cuando llegué arriba, y en vista de que nadie se animaba a seguirme, allí se quedó el material. La semana siguiente me volvieron a hacer el mismo truco, pero entonces no tuve más remedio que bajar y recuperar el material yo mismo. Eran cosas simpáticas y la camaradería reinante impedía que cualquier enfado pasara a mayores.

»Recuerdo otra vez que el *Culebras* y *Pepito* habían dejado también algo abandonado en la *Norte* del Cancho de los Muertos. Entre semana fueron el *Horchata*, el primo de Tino y Salvador a quitarles el material. La cosa acabó de noche y sin éxito, pero además cayéndose al río, de regreso. Llegaron a Casa Julián y éste les dio unas mantas para abrigarse mientras sus ropas se secaban. Todas estas jugadas eran un *yo te lo quito, pero yo te lo devuelvo*.

»Julián era un gran amigo, y no fue ésa la única vez que nos sacó las castañas del fuego. En otra ocasión, a Tino y a mí se nos hizo de noche y perdimos el autobús de Silvino, otro gran amigo que fletaba un autobús en plan particular y lo llenaba hasta arriba de montañeros cada fin de semana; aunque fuera por el suelo, el caso era llegar a Madrid. Pues bien, ese día, Julián, sin apenas conocernos,

nos dejó prestadas quinientas pesetas para coger un taxi. De ese detalle surgió una gran amistad entre nosotros, que hoy seguimos llevando con su mujer e hijos.

Julián era una institución en la Pedriza, el primero en cualquier rescate. Y si venías de escalar y llegabas a su puerta, fuera de horas, allí estaba siempre Dora para hacerte una comida caliente.

De toda esta época recuerdo que cuando llegábamos a Madrid, nadie se creía que nos pudieran pasar todas estas cosas. Por encima de todo, nunca olvidaré los grandes momentos vividos con todos ellos».

Julio GARCÍA PIQUERAS

COLECCIÓN JULIO MARINA



Julio Marina en el cuarto largo de la Valkiria, en el año 1975.